

# Los colores del chico invisible

Constanza Betiana Urbano



# Capítulo 1

«A menudo el sepulcro encierra, sin saberlo, dos corazones en un mismo ataúd»

Alphonse de Lamartine

«Qué injusta, qué maldita, qué cabrona la muerte que no nos mata a nosotros sino a los que amamos»

Carlos Fuentes

«La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque yo formo parte de la humanidad; por tanto nunca mandes a nadie a preguntar por quién doblan las campanas: doblan por ti»

John Donne

## Capítulo 2

Yo había amado a Alicia desde que tenía memoria.

Siempre me dijeron que el amor era hasta la muerte así que pensé que tenía que amarla con todas mis fuerzas y toda mi vida porque sería la única oportunidad que tendría para hacerlo. Pero las personas siempre se equivocaron y yo me equivoqué al creer su palabra como si fuera un mandamiento bíblico.

Porque ahora estaba muerto y seguía amándola, estaba viendo mi chula tumba y todos los regalos que habían dejado mis amigos desde peluches esponjosos que no hubieran tenido el valor de regalarme en vida, cartas que ni ellos leerían por segunda vez o fotografías de fiestas y lugares en donde yo había sido feliz. Todos me habían regalado cosas significativas para ellos.

Pero lo único que podía hacer era pensar en lo sola que se debería sentir Alicia porque ella había enterrado algo significativo.

## Capítulo 3

Si eres de los curiosos y te preguntas cómo morí, permíteme ilustrarte. Me gustaría decir que mi vida finalizó cuando participaba en un rescate pacifista de Greenpeace o que estiré la pata procurando apagar un incendio y salvando a una camada de perritos o descubriendo la cura del cáncer. Al menos mi nombre hubiera acabado en la portada de un diario en lugar de la placa de una lápida y los labios de un sacerdote que había escrito mi apellido con boli en la palma de su mano.

Como sea, no pasó así.

Había estado nadando en la clase de natación, usando un traje de baño que era demasiado suelto y vistoso: ballenas y barcos de vela navegando en olas sonrientes con ojos de anime en la espuma blanca. Sí, muy encantador. De repente, cuando había estado a punto de romper mi marca había comenzado a sentir un dolor en el pecho. Había querido probar algo que se llama masculinidad y había fingido que nada pasaba pero luego el dolor ascendió de nivel y se volvió una punzada lacerante.

Había salido de la piscina, me había secado el cabello con una toalla que olía a porquería, me había colocado una remera gris y de repente estaba muerto.

Me pasó algo que el médico después de un exhaustivo análisis llamó infarto al corazón o lo que fuera. Mi mamá había llorado cuando se lo dijeron, mi hermana había preguntado si se podía quedar con mi habitación y al novio de mi madre se le habían empañado las gafas de lágrimas y había gemido:

—Maldición, Clayton.

Por cierto no me llamo Clayton, sólo Clay, sin el ton pero él nunca terminó de entenderlo porque sólo lo conocía hace una semana. Digamos que la cuarta cita en la funeraria no ayudó mucho a su relación. Rompieron después de mi entierro. Me hizo bien saber que mi muerte había servido para algo.

Con respecto a Alicia, bueno ella tenía tanta alegría como una monja en una casa de stripers. No paraba de llorar y gritó cuando soldaron el cajón y encerraron mi cuerpo como una sardina en una lata.

Lo único que recordaba después de pagar la última cuenta fue ver al entrenador Martínez al lado de la piscina, sosteniendo mi cuerpo en

brazos, sacudiéndome y gritando teatralmente al cielo:

—¡¡ERA TAN JOVEN!!

Martínez había llorado como una quinceañera que sostiene su ramo de rosas. Tal vez en parte se debía porque siempre me recordaba que tenía potencial y que me esperaba un gran futuro en los deportes. Me lo comentaba cada vez que me veía, incluso me señalaba con el dedo para que no creyera que se lo estaba diciendo a otro Clay que estaba tras de mí. Pero como dije al principio, las personas se equivocan.

Y vaya que él se equivocó, aunque sí tenía un ápice de razón.

## Capítulo 4

Él no se había equivocado en que lo tenía todo, con sólo quince años lo tenía todo.

Tenía a mi mejor amiga desde los cinco años que había accedido ser mi novia el mes pasado. Atesoraba a una hermana encantadora que siempre solía defenderse de lo que la aterraba con humor, a veces incluso humor negro, ella era la chistosa de la clase y yo me enorgullecía de ello. Una madre con muchos defectos y perfecta a la vez me amaba con todo su corazón. Era el más sobresaliente de mi clase y casi nadie me ganaba en deportes. Según Alicia era guapo. Jamás perdía una partida de Monopoli. Podía aguantar dos minutos bajo el agua y sabía dos idiomas.

Pero lo había perdido casi todo, lo único que había conservado de esa vida era un traje de baño, una remera gris y oler a cloro para el resto de la eternidad. Sólo daba gracias a Dios no haber llevado la cofia de baño cuando morí o googles. Eso hubiera sido demasiado.

Aunque también había cosas que no quería agradecer. Sólo lamentar. Dos rasgos importantes había para torturarme:

La primera era no haberme puesto unos pantalones antes del infarto porque por el momento sólo tenía el traje de baño, la remera gris, la piel húmeda y el cabello aun goteando. Me preguntaba cuánta agua podría escurrirse de mi cabello y si estaría empapado para la eternidad, descalzo, con los músculos hinchados por el ejercicio, las mejillas rojas y la piel más mojada que las costas de Hawái.

La segunda cosa que lamentaba era Alicia. Podía haber tenido toda una vida con ella pero la había perdido.

Y la echaba de menos.

## Capítulo 5

Por el momento me gustaba asolearme en el cementerio y seguir aprendiendo de cómo era vivir en la muerte. Los últimos días me encontraba ocupado escribiendo un manual mental, estaba dedicado a mí y en los agradecimientos también aparecía yo, por mi constante paciencia y auto crítica.

Estaba anotando todas las reglas que suponían morirse, numéricamente para mayor racionalidad. La primera regla era que morirse involucraba despedirte de los bronceados. Siempre se estaba pálido, todo mi cuerpo era blanco, hasta mi cabello y mis cejas, parecía un jodido albino.

La segunda era que sólo yo podía verme; era como un superpoder que no podía presumir con nadie, algo igual de inútil como ser invisible en la oscuridad. Sólo mis vecinos y yo podíamos observarnos.

Sí, existían vecinos. Ellos eran la siguiente regla; la tercera norma era que los vecinos no hablaban mucho ni hablarían.

Tenía una necesidad imperante y forzosa de no alejarme mucho de mi cuerpo. Cuando me encontré muerto a un lado de la piscina había decidido seguir mi hermosa cáscara hasta la morgue, de allí a la funeraria y de ese lugar al cementerio. Al principio creí que acechaba a mi familia como una mosca revolotea alrededor de la mierda. Diablos no quise decir eso, ellos no son mierda. En fin, creí que los extrañaba, estaba asustado y por eso los seguía. Pero la verdadera razón fue un poco más egoísta. Lo único que no quería era distanciarse de mi cuerpo.

Pero no era manía mía. Había muchas personas pálidas rondando por allí, por lo cual deduje que nadie abandonaba su cuerpo después de morir. Traté de verlo como un ejemplo admirable de propia lealtad como cuando coqueteas contigo mismo frente al espejo y sabes que no tienes oportunidad en el mundo del amor. Pero a mis vecinos no les gustaba hablar.

Había tratado de apartarme, cada vez distancias más extensas, pero en cada ocasión que me marchaba a dar un paseo sentía que me abrumaba un pánico repentino, una ansiedad que me hacía retumbar los huesos. Era como si debiera regresar o moriría. Era pánico mortal. Sí, puede que suene irónico pero esa es la cuarta regla: cada puta cosa es irónica cuando estás ido.

A mi lado tenía un anciano de mirada férrea y piel café, o al menos sus rasgos parecían los de alguien sudafricano con arrugas hundidas. Pocas veces hablaba y por pocas me refiero a jamás en lo absoluto. Siempre se plantaba delante de su epitafio como si quisiera que nadie lo leyera,

cruzaba los brazos y escudriñaba todo el jardín con mirada reprobatoria. Lo había conocido en esa posición y desde entonces no se había movido. Lo llamaba Rocky porque tenía unos pantaloncillos ajustados rojos y guantes de boxeador.

A mi derecha estaba Mindy Dindy, le había puesto así porque se reía cuando la llamaba de esa manera aunque ella no hablaba mucho, tenía dos años. Se sentaba todos los días a jugar con lodo, pasto o a reírse mientras usaba mi voz de tonto y repetía como una frecuencia: «Mindy Dindy, Mindy Dindy, Mindy Dindy». Una vez me había preguntado si M.D (su nombre 2.0) estaba sobre la hierba de una tumba vieja porque quería o porque no era muy buena caminando. Así que para contestarme la había alzado en volantas y me la había llevado a dar un paseo pero ella había gritado tanto que había sentido que era transportado al infierno.

Sus chillidos de niña habían sido ensordecedores como una motosierra quebrando silbatos de vidrio.

En ese momento creé mi regla número cinco: los muertos no se mueven mucho de lugar. M.D no le agradó formar parte de mi experimento y no se rio mucho conmigo desde entonces. Pero luego de un tiempo volvimos a ser grandes amigos. Aunque no sé cuánto tiempo transcurrió.

Regla número seis: No soy consciente del tiempo, simplemente ya no lo comprendo es como si tratara de unir las constelaciones del cielo cuando no conozco las formas.

Lo único que podía hacer para guiarme y saber que no habían pasado años era observar los presentes que coronaban mi lápida. Las flores se habían echado a perder así que habían transcurrido unos días, las cartas se habían disuelto y aplastado bajo el ímpetu de la última lluvia. Eso significaba que pasaron semanas.

O también podía escudriñar a los visitantes que llegaban, sobre todo mi madre y mi hermana. No estaban tan diferentes, mi hermana seguía igual de plana en los pechos así que o era una adolescente horrenda o todavía era una niña. De esa manera supuse que no habían pasado años.

Eso me consolaba.

Pero lo que me perturbaba era que no había visto a Alicia desde el entierro.

A veces lloraba porque creía que me había olvidado.

Y a veces sonreía por la misma razón.

Porque en el fondo deseaba que me olvidara.

## Capítulo 6

Había fallecido hace unas dos semanas. Al menos eso me había dicho Eddie en una de mis caminatas nocturnas-diurnas-vespertinas. Siempre salía a experimentar cuánto podía alejarme de la zona-cuerpo, había alcanzado una nueva marca que eran cien metros. Allí conocí a Eddie.

Tenía treinta años y barba de dos días en el mentón. Vestía una bata de baño, un pijama de dos piezas y pantuflas, además de que siempre aferraba un tazón de cereal y leche con una cuchara en la mano. Pero lo extraño de Eddie era que su pijama estaba empapado de sangre grumosa y borgoña como si hubiesen vertido un licuado de frutos rojos con pulpa sobre él.

Dijo que su exnovia lo había apuñalado mientras desayunaba, pero para entonces era su novia sólo que él había decidido terminar con ella dos segundos antes de estirar la pata. Recalcó que estaba chiflada y que él no lo había sabido hasta entonces. No podía adivinar cómo alguien no sabría que la persona a su lado estaba chiflada pero luego recordé que mi mejor amigo, Kevin, una vez había salido con una chica que creía en los extraterrestres.

La eterna sangre derramada de Eddie comenzaba a vertérsele desde el corazón porque había comenzado en esa parte del cuerpo y luego descendía de a poco hasta su... te das una idea. Le había enterrado un cuchillo de cocina, uno de acero inoxidable que había sido una ganga cuando lo compro. Pero ella no se había conformado con aquella cuchillada ya que su novia había decidido que quería dejar su cuerpo como una coladera o practicar acupuntura con él.

Lo más gracioso, si es que lo era, era que aquella había sido su primera novia. Él jamás había sido bueno con las mujeres ni eligiéndolas.

Eddie era muy vergonzoso porque siempre estaba masticando cereal, a veces trataba de cubrirse con una mano cuando hablaba. No importaba cuántas veces tragara, su desayuno siempre estaba ahí como mi olor a cloro o el agua escurriéndose de mi cabello.

Él había sido un cerebritito en vida, se había graduado de la secundaria a los doce años y a los treinta ya era profesor, en universidad, de calculo y matemáticas avanzadas. Pero lo único que tenía para probar su inteligencia eran unos chuecos anteojos de montura gruesa delante de su rostro. Había encontrado a Eddie tratando de dar una clase imaginaria, me había sentado a escuchar y fingir tomar nota, eso resultó agradarle y desde entonces nos habíamos hecho grandes amigos.

—Mi alumno estrella —comentaba cada vez que me veía.

—Hola, Eddie —Lo saludé.

—¿Qué haces por aquí? Las clases no son hasta el amanecer.

Observé el cielo, estaba negro y había muchas estrellas pero no atinaba a comprender qué hora era, mi mente funcionaba lenta.

Pero había cosas que sabía sin comprender cómo podía saberlas. Las deducía, por ejemplo, predecía cuando una persona estaba a punto de llorar. A su vez, existían conocimientos que había olvidado tales como atinar el tiempo, si la luna correspondía a la noche o el día, nombres de presidentes, en qué país estaba, el segundo idioma que había aprendido y otro montón que ya había olvidado.

Pensar en asuntos como esos me desesperaban. Pateé hierba con mi pie descalzo y lo hice tan fuerte que arranqué un pedazo de tierra.

Regla número siete: podemos mover cosas pero esos objetos sólo se mueven para nosotros, los vivos no perciben el traslado. Es como si estuviéramos en una realidad alterna a las personas.

Eso lo había comprobado destrozando el arbusto que estaba a dos metros de mi tumba. Me hallaba enojado porque mi hermana había llorado frente a mí, informándome a moco tendido que ya no era la graciosa de la clase. Entonces me encabroné. Lo había hecho añicos con mis puños, había gritado teatralmente mientras Rocky continuaba vigilando con el entrecejo arrugado Dios sabrá qué. Pero después de un tiempo, no se cuánto, cuando había aparecido el jardinero o cuidador o fuera lo que fuese el hombre con overol, había regado los restos descuartizados, las ramas pisoteadas y las hojas dispersas como si todavía siguiera allí, ensamblado y vivo.

—¿Cómo sabes que es el amanecer Eddie? —pregunté cuando la frustración se esfumó de mis músculos.

Él había masticado cereal con aire pensativo antes de responder. El cementerio estaba tan oscuro que su sangre refulgía a luz de la luna como brea esmaltada, oscura y con un tenue brillo. Una niebla codiciosa acaparaba todo el suelo, era densa, blanca y espesa. Me hacía creer que caminaba entre nubes y ese, irónicamente, era el único cielo que tendría.

—Pues no hay nadie aquí ¿O sí?

—¿Y eso?

—La gente duerme de noche, por eso sé que es de noche.

—Pero nosotros no dormimos y somos gente.

—Mmm —Tragó y me observó como si fuera una mente brillante con los ojos resplandecientes—. Tendré que averiguarlo.

—No sé cuánto tiempo pasó desde que morí —lamenté desplomándome cerca de una anciana que observaba las estrellas con la espalda recostada contra una cruz de hormigón.

La niebla me cubrió como si deseara devorarme, traté de arremolinarla con mi mano mientras colocaba mis codos en las rodillas.

—Mira las fechas de los epitafios, bonito, para eso están.

—Pero no sé que año es —insistí—. No me importa en qué año morí, quiero saber qué año es. Eddie, no ayudas.

—Ya, ya —alzó las manos y desvió la conversación—. ¿Cómo van las cosas con tu novia?

—Todavía no vino a visitarme.

—Todas son iguales —afirmó como verdad ineludible.

Una chica estaba bailando en medio de dos árboles oscuros a la poca luz del cielo, daba piruetas debajo de las ramas o giraba mientras las sombras proyectadas por ellas la oscurecían. Bailaba como un rombo con su pie curvado al recibir el paso del cuerpo. Estaba a diez metros nuestro pero nos escuchó y alzó la voz:

—No todas son iguales.

Eddie se volvió molesto hacia ella.

—Disculpa ¿Acaso te pedí tu opinión?

—Yo tampoco pido tus estúpidas clases todos los días, sería bueno que te limitaras a desayunar y cerrar la boca.

—¿A alguien más le molestan mis clases? —inquirió a las personas de alrededor, abriendo los brazos en gesto global y haciendo que su desayuno se meciera en el tazón.

Hubo un retraído coro de afirmaciones.

—Me gustaría saber que me ha olvidado —proseguí volviendo mi problema—. Pero a veces me pregunto si hice algo mal y en realidad ella nunca me amo, ni como amigo ni como nada.

Arranqué un poco de pastó y lo observé descender.

—Pues las personas a veces... ¡No aprecian lo bueno! —contestó alzando la voz y deslizando sus ojos alrededor como si estuviera dando una de sus clases.

—Me voy —dije cuando supe que se aproximaba otra vez la historia de cómo había ido a trabajar en la casa presidencial.

—Te veo en la clase de hoy —le levanté el dedo medio y agregó—. No llegues tarde o tendré que suspenderte otra vez.

## Capítulo 7

Regresé a mi puesto en silencio.

Regla número ocho: no podemos dormir. Pero sí podemos imaginar y supongo que es casi lo mismo.

Deseé tener bolsillos para embutir allí mis manos. El ambiente estaba místico y lúgubre, la bruma lo abarcaba todo, las corrientes de aire incluso la parcelaban.

Y por un momento me imaginé que estaba en las nubes, muy, muy alto, incluso más arriba que esos monstruos de metal que surcan el cielo de los cuales me había olvidado el nombre. Me imaginé husmeando el mundo que se extendía abajo. Buscando entre los edificios, las luces serpenteantes de la ciudad, las plazas y los bloques de departamentos a Alicia; en mi mente la hallaba en su habitación, durmiendo plácidamente con las pestañas proyectando sombras en sus mejillas y los labios sonrosados que siempre tenía.

En mi imaginación yo bajaba y a través de un poder que no podía presumir con nadie me introducía en su sueño así como el humo de una pipa se escurre de los labios humanos.

Le susurraba que la amaba y ella me decía que nunca me olvidaría pero me superaría y que terminaría amando más a mis recuerdos que a mí. En la fantasía yo sonreía y le decía que eso era todo lo que quería en el mundo.

Pero mentía incluso en mis falsos sueños.

Yo quería mucho más.

## Capítulo 8

Estaba en mi puesto, creando una canción para el booktrailer de mi manual, iba bien porque golpeaba mis palmas contra los muslos y eso simulaba mediocrementemente una batería. M.D reía y aplaudía con sus manitas, animándome.

Los presentes que me habían dejado ya comenzaban a marchitarse, estropearse, humedecerse o descolorarse. El oso de peluche que me había regalado mi profesora de inglés tenía la cabeza caída de costado como si lo aburriera. Eddie había seguido mi ejemplo y se había apartado de su zona, la última vez que lo había visto al observar los regalos había deducido que llevaba muerto dos semanas.

—O más, tal vez dos meses, tres —había aventurado como si nada fuera certero en el mundo.

Estaba sentado en la hierba que había crecido alrededor de mi lápida, recostando la espalda en la placa de mármol y observando el sol radiante y débil, estaba menos intenso que cuando me habían enterrado. Las personas vivas que a veces venían a visitar a sus seres queridos cargaban pesados abrigos, la copa frondosa de los árboles se volvía naranja y fallecían de una manera majestuosa. Sabía que eso tenía que indicarme la estación, era obvio, pero me costaba captarlo, mucho más adivinarlo.

Regla número nueve: Lo evidente se vuelve inconfundible. Cuando estás muerto te olvidas de cosas importantes como el tiempo y las estaciones pero puedes recordar cosas completamente inútiles como todos los nombres de las muñecas de tu hermana.

Esa regla era la más desesperante, me volvía loco y me arrancaba de mis casillas pero había aprendido a aceptarla sin entrar en pánico. Estaba pensando si la norma número nueve no debería ser la primera cuando lo vi llegar.

Por alguna extraña razón recordé su nombre, vino a mi cabeza como esa melodía de comercial que no puedes olvidar, pero para mí era la primera vez que veía su rostro. Mis ojos no lo recordaban, mi cabeza sí. Sus expresiones y rasgos se arremolinaban como si fuera un espejismo creado por el calor del desierto.

Por otro lado, mi cabeza martillaba su nombre como una letanía: Patricio Habana, Patricio Habana, Patricio Habana.

Era él y se acercaba a mí con un ramo de flores.

## Capítulo 9

Al instante detuve mi música. Observé las flores que me traía, eran margaritas rodeadas de un papel brillante.

—¿Vas a invitarme a salir? —pregunté y lamenté de que no hubiera nadie allí que pudiera escuchar mi broma.

Patricio se congeló en el lugar con los ojos dilatados de miedo. De repente sentí que una corriente eléctrica me recorría de pies a cabeza. Estaba viéndome. Sus cuencas oculares estaban bien dilatadas como si un oculista estuviera examinándolo, su boca abriéndose cada vez más, su piel morena tornándose lívida. Temblaba levemente y titubeaba con las flores cómo si no supiera qué hacer.

Era como si estuviera viendo a un... bueno, a un muerto.

Me puse de pie de un saltó sin saber qué decir. Un hola hubiera estado bien pero estaba pasmado, el asombro también me había arrancado las palabras. M.D nos observó con interés y Rocky continuó en su posición, escudriñando con engorro el universo.

«Oh, mierda» Intuí que pensaba Pat.

Así había decidido llamarle y sí, Pat estaba en lo correcto, mierda.

## Capítulo 10

De repente el rostro de Pat dejó de moverse y pude verlo con detenimiento.

Pat tenía unos ojos café melancólicos, pestañas pobladas, cejas finas, nariz respingada y barbilla puntiaguda. Era alargado y delgado. Tenía dieciséis años, podría ser atractivo pero no lo era. Su piel estaba cubierta de acné, le gustaba la música pesada todo en él lo decía, el color negro era su religión, su cabello le llegaba a los hombros y una cortina de flequillo le cubría la mitad de la cara. Sus uñas estaban pintadas de negro, vestía tejanos oscuros, una remera con un pentagrama extendido en el pecho, se abrigaba con una sudadera que parecía rota a propósito y calzaba zapatillas deportivas.

En sus oídos tenía unos peculiares cables que despedían un zumbido rítmico, era música. Recordé que yo tenía unos pero no podía alcanzar el nombre de esos aparatos, era como si mi mente jamás lo hubiera sabido. Pat se sacó los cables uno por uno, con su mano trémula como una hoja agitada por el viento.

—¿Puedes verme? —inquirí.

—S-s-s-s...

—Tomaré eso como un sí —lo escudriñé—. ¿Qué haces aquí? ¿Éramos amigos?

Él negó ligeramente con la cabeza.

—¿Éramos parientes? ¿Un primo lejano?

Negó imperceptiblemente y cerró la boca como si se decidiera a no hablar. Me rasqué mi mojada cabeza.

—¿Éramos vecinos?

Sacudí la cabeza lentamente sin quitarme los ojos de encima. Estaba comenzando a inquietarme, no podía lidiar con eso solo, necesitaba compañía.

—Aguarda un segundo —pedí amablemente alzando un brazo entre nosotros, me volteé hacia el cementerio, ahuequé mis manos alrededor de mis labios y aullé con todas mis fuerzas—. ¡EDDIE, MUEVE TU CULO NO ACUCHILLADO HASTA AQUÍ, ENCONTRÉ ALGO GRANDE!

Me volví hacia él y lo examiné sin poder evitar fruncir el ceño.

Y de repente recordé de quién se trataba.

## Capítulo 11

Era Pat. Me sentí tonto por olvidarme de él.

Era el chico raro del colegio. A ese muchacho le habían inventado más rumores que a cualquier celebridad de cine. No tenía amigos, siempre caminaba por los pasillos con esos cables en los odios y la mirada en sus zapatos. Pocas veces dirigía los ojos a la cara de una persona, prefería rehusarte la mirada, estaba seguro que conocía cada detalle de sus zapatillas deportivas. Era tímido, algo retraído, se la pasaba dibujando en clases, reprobaba cada materia, incluso arte, y comía los almuerzos solo o en el baño. Era un perdedor con todas las letras ganadas.

Pero no podía comprender por qué me había visitado y comprado flores, no recordaba haber hablado ni una vez con él. Sólo recordaba que mis amigos se reían mucho de todos los rumores inventados. Kevin sobre todo, la imagen de mi amigo con la espalda ensamblada a una pared, fumando un porro y riendo mientras divulgaba lo que había oído.

Decían que era satanista, que salía con su hermana o que era hijo de incesto, que era un necrófilo cuya cama era una caja de cartón, que había salido de la cárcel, que estaba poseído por un demonio y la lista era larguísima.

Me acerqué y le apoyé una mano en el hombro.

—¡Eh, Pat, espabila! —Chasqueé mis dedos frente a sus ojos.

Parecía ido como si el miedo lo hubiera petrificado.

—¿C-clay? —susurró.

—Vivito y coleando —le contesté esbozando una sonrisa.

—¿QUÉ PASÓ? —gritó una voz cerca nuestro.

Era Eddie que venía corriendo con el tazón de desayuno contra el pecho y la sangre.

—¿Quién es ese? —preguntó al llegar. Eddie tragó grandes bocanadas de aire y jadeó, lo cual era pura actuación porque...

Regla número diez: Cuando estás muerto no es necesario respirar, así como no es necesario que estés todo el tiempo cagando, tampoco resultaba útil parpadear. Simplemente no tenía caso hacer ninguna de las dos cosas. A veces se me olvidaba parpadear pero lo hacía a conciencia y

esfuerzo para aparentar naturalidad.

—Puedo verte —susurró casi inaudiblemente—. Pero estás muerto.

—Si mi aguada melena blanca no te contesta eso entonces nada lo hará —dije enrollándome cabello en un dedo y escurriéndolo—. ¿Eso es normal en ti? ¿Ver gente muerta? Recuerdo que eso decían de ti... ah no espera, decían que habías asesinado a toda tu familia y que habías bebido su sangre.

Eddie abrió los ojos con admiración.

—Vaya ¿Por casualidad eres pariente de mi novia?

—Yo no hice eso —respondió Pat regresando en sí y observando con rapidez a Eddie y luego a mí como si no supiera a quién temer más.

Trasladó el paso de su cuerpo de un pie a otro, parecía que se sentía aterrado.

—Ah, se me escapó entonces —lo solté y agité la mano—. Olvida que lo dije.

Pat observó a su alrededor como si temiera que lo encontraran hablando conmigo un gesto que, probablemente, yo le hubiera hecho a él cuando estaba vivo.

—¡Ja, karma! —anunció Eddie como si me leyera el pensamiento.

Pat parpadeó aturdido con el ojo que no estaba sumergido en su cortina de cabello azabache y sedoso. Me pareció un poco lento de reacciones pero quién era yo para juzgar. Él sacudió la cabeza, humedeció los labios y arrojó las flores a mis pies.

—Tengo... tengo que irme. No puedo.

—No pareces asombrado —advertí.

Si en vida yo hubiera visto a mi antiguo compañero de cole tal vez me hubiera puesto a gritar como una hiena. Por lo tanto, supuse que ese evento le había sucedido muchas veces antes, sólo que no esperaba encontrarme en mi puesto. Tal vez creía que yo estaría en mi casa o cerca de mis amigos. Eso me animó porque significaba que no sabía nada de las personas albinas del cementerio, mi manual podría ayudarlo. Un primer lector.

—Adiós, Clay.

—Anda, quédate ¿Por qué viniste? ¿Éramos amigos? —dije siguiéndolo—. Estoy seguro de que no me habría olvidado de una cara tan carismática.

Eddie agitó una mano y nos saludó sin agallas de avanzar más lejos.

Pat levantó sus ojos fieros y depresivos hacia mí sin dejar de caminar. Me pregunté si él moriría al sonreír, cuando estaba vivo nunca lo había visto mover los labios de esa manera; tal vez su cerebro entrara en colapso cuando lo intentara.

Él metió las manos en sus bolsillos y apretó el paso. Tenía la nariz roja del frío.

—Anda, quédate quieto, sólo quiero hablar —insistí.

—Shhh. No me hables —susurró observando con costumbre sus zapatos.

Recordé que Alicia lo llamaba emo, no sabía lo que significaba pero algo me decía que se relacionaba con la ausencia de colores en su atuendo.

No tenía ganas de que se fuera, quise detenerlo con las manos pero no medí mi fuerza y lo empujé al suelo. Pat cayó de espaldas y colocó sus manos para no romperse el culo. Me observó asombrado, aterrado y ofendido.

—Me empujaste —susurró.

—¿Lo hice? —pregunté con incertidumbre.

—Claro que sí idiota, estoy en el suelo —espetó levantándose, sacudiéndose las manos y quitándose tierra de los pantalones.

Mierda, no quería que eso pasara, no podía sucederme a mí, todo eso significaba que tendría que modificar la regla número siete; pensé que tal vez debía ponerla bajo prueba moviendo más cosas y rompiendo otro conjunto de arbustos. Pat notó que me distraje y echó a correr como una gallina.

Quise seguirlo, pero nunca me había trasladado tan lejos, sentí que el corazón se me iba a la garganta. Experimenté el habitual terror que me agobiaba y atosigaba cada vez que me alejaba de mi cuerpo.

—¡Bien, es mejor que corras! ¡Al cabo que ni quería tu compañía! —aullé con todas mis fuerzas.

Pateé con frustración un ángel de cemento hasta que una anciana me pidió que me calmara. Sí, que quería su compañía y tenía muchas preguntas que hacerle.

Traté de relajarme y confiar en que también me olvidaría de ese momento embarazoso y desdichado. Lo sacaría de mi cabeza así como me había olvidado el nombre de los pájaros de metal que volaban en el cielo, del segundo idioma que sabía y de cómo se llamaba mi entrenador de natación. Tarde o temprano lo olvidaría.

Pero ya no sabía qué era temprano o tarde.

## Capítulo 12

Eddie pasó mucho tiempo escuchando mis especulaciones. A veces conjetura que Pat era un familiar, otras veces que era mi admirador o un amigo secreto. Mientras lo hacía una extraña sustancia congelada y blanca caía sobre los árboles desnudos.

—¿Qué es esta cosa?

—Es nieve, Clay —había contestado con cansancio, embutiendo las manos en los bolsillos de su bata y observando como los copos de adherían a sus cristales—. Eso significa que es invierno porque en invierno cae nieve ¿Verdad? —había preguntado sin mucha seguridad.

Me había encogido de hombros.

—Como digas.

Creí que la nieve se iría pero al parecer le gustó combinar con nuestra piel porque se quedó por mucho tiempo, coronando las cruces, revistiendo los nichos, tapizando el suelo, amontonándose en los árboles desnudos y glaseando los mausoleos como si fueran la casa de dulce de Hansel y Gretel.

A M.D le gustaba jugar con la nieve. Había dejado de hacer mis paseos experimentales con los cuales estaba progresando. Me quedaba todo tiempo en mi puesto a la espera de que Pat apareciera otra vez pero no regresaba. Por otro lado, tampoco vi a Alicia.

Sólo había ido mi madre. Mi hermana tampoco apreció, no desde antes de que los árboles estuvieran naranjas. En cada ocasión que, mi madre, se presentó me hubiera gustado que dijera algo pero siempre se limitaba a mirar con ojos compungidos mi nombre tallado; como si pensara que miraba el cristal de una ventana que no tenía nada del otro lado. Pero se equivocaba porque del otro lado estaba yo. Mirándola. Cada vez que venía se encontraba más delgada y ojerosa. A veces resultaba irónico porque, de los dos, ella parecía la que estaba muerta.

La ironía me mataba.

## Capítulo 13

Eddie cerró su libro invisible.

—Hagamos un descanso.

Había estado dándome una lección de Pitágoras y yo había estado sentado entre la nieve escuchándolo a medias, no podía dejar de pensar en mi madre y en la última vez que la había visto.

El invierno había terminado pero el tiempo transcurría tan difícil de comprender que a veces pensaba que estaba haciendo dos cosas a la vez. Como cuando estás en un sueño y te hallas caminando en las calles de Roma y de repente corres lejos de zombis que salieron de una planta nuclear en Japón. Las cosas se movían de lugar, los rostros estaban borrosos como si tuvieran una mancha delante. Casi siempre tenían borrones de colores sobre sus rasgos. No sabían lo que significaban.

Nada tenía sentido últimamente, todo giraba incomprensible y vertiginosamente rápido. Y mi amigo lo había notado, por esa razón, interrumpió la lección y se aproximó a mí.

—Te noto triste, Clay, tu rendimiento en clase ha decaído —exclamó con aire tolerante y benevolente, se acomodó las gafas—. ¿Quieres hablar de eso? —dijo sentándose a mi lado.

—No.

—¿Quieres observar el cielo?

—No.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero morir —confesé bufando y recostándome contra la nieve.

—Pero...

—Me refiero a de verdad, Eddie, o al menos como creía que sería: cerrar los ojos y dejar de existir.

—¿Y por qué quieres morirte de verdad?

—Por que no puedo hacer nada —estaba contestando sin pensar como si otra persona hablara por mí.

—¿Y qué harías si pudieras hacer algo?

Era una pregunta extraña pero aun así respondí:

—Me aseguraría de que todos se encontraran bien, así podría descansar en paz ¿Sabes? Alguien, no recuerdo quién, me dijo una vez que estaba destinado a cosas grandes, que tenía futuro. Pero lo único grande que hice fue provocar el llanto de M.D por dos horas.

—Ah, fuiste tú.

—Sí. Y no sé, lo único grande que quiero hacer ahora es asegurarme de sanar a todos los que herí al irme. A mi familia y Alicia, les rompí el corazón, así que es mi responsabilidad emparcharlo. Sanar sus corazones. Creo que voy a desvanecerme después de un tiempo, incluso nuestras conversaciones no tienen sentido Eddie...

Él rio en tono burlón.

—Tú no le encuentras sentido porque no eres tan intelectual como yo.

Puse los ojos en blanco.

—Si voy a irme y sólo dejar un reflejo de mí que nadie verá entonces quiero hacer algo importante por todos los que amo antes de marcharme—hice un ruido con la garganta—. Quiero que estén bien pero no puedo hacer nada bueno por ellas, ni siquiera puedo salir de este lugar por el pánico, por la maldita quinta regla.

Hubiera llorado si recordara cómo hacerlo, la charla estaba destrozándose, estaba pronunciando en voz alta todo lo que me había prometido no pensar.

—Pero estás haciendo muchas cosas —insistió ladeando ligeramente la cabeza como si se topara con un desafío matemático.

—¿Cómo quejarme?

—No, me refiero al manual. Es útil, me resulta un emprendimiento científicamente racional. Prometedor. Y con respecto a ayudar personas sí que brindas resguardo a muchos. Tal vez todavía no seas consiente pero hiciste que yo me alejara de mi zona-cuerpo y el otro día vi a Bianca caminando lejos de su sitio.

—¿Quién?

—La loca que siempre baila en el mausoleo de los Robles. La que piensa que mis clases dan asco. Allí está —señaló la figura de una mujer de

aparición aburrida que estaba sentada en la escalera de un mausoleo—. Le pregunté el otro día qué hacía apartada a su zona y mencionó que al vernos a nosotros quiso tratar ¿No te parece que causas una buena influencia?

Junté mis manos en el estómago.

—Sí... creo que sí.

—Te diré algo.

—Dime algo.

—Algo —rió de su propia hazaña, meneó la cabeza y continuó hablando con la tonada intelectual que utilizaría un profesor al aconsejar con cariño y compasión a un niño descarriado—. Proponte extender tus caminatas, en cada marcha que hagas trata de ayudar a uno de tus vecinos. Eso te hará sentir mejor. ¿No te gustaría alegrar este lugar?

—Sí, pero...

—Creo que necesitan a alguien así.

—¿Ayudarlos? Pero casi ninguno habla, es como si hubiesen olvidado quienes son, cómo hablar, cómo moverse, es como si estuvieran muertos —musité pensando en Rocky—. Incluso yo me siento raro, es como si no fuera yo. Tengo miedo de olvidar tantas cosas que termine como una imagen parada en mi puesto para siempre, al igual que la mitad de las personas de aquí. Tal vez esa es la muerte definitiva. A veces actúo como loco.

—Sólo estás aburrido —persistió con su idea—. Vamos, inténtalo. Trata de buscar soluciones a sus desgracias, verás que de tantos remedios, curas y resoluciones que propongas algún día se te ocurrirá cómo ayudar a tu familia estando muerto. Moverte de lugar y ayudar a los difuntos será una manera de ejercitarte para el desafío mayor.

—¿Cuál?

—Regresar a tu casa y tratar de mejorar la vida de tus tres hembras.

Pensé en eso tratando de ignorar que Eddie había usado la palabra hembras. Regresar. Por el momento sonaba como una fantasía lejana, pero no perdía nada con intentar. Además, tenía razón, estaba aburrido.

Observé la blancura impoluta del cementerio y todos los vecinos allí parados, como estatuas de porcelana. Quería regresar a casa, vaya que lo ansiaba, tenía que intentar marcharme, debía practicar y por el momento

podía darle una mano a los demás.

Me pregunté cómo podría ayudarlos. Reparé en que Eddie me estaba mirando, arqueó las cejas inquisitivamente.

—Lo haré.

—Bien, empezamos mañana.

—¿Cuándo es eso?

—¡Qué sé yo! Ahora, no. Oye, invitaré a Bianca para que venga con nosotros.

—¿Ella también quiere ayudar a las personas?

—No, pero quiere estar cerca de mí, lo sé, lo vi en sus ojos. Le gusto.

Asentí experimentando un sentimiento potente en el pecho, chispeante, acalorado y arrollador. Era algo que no sentía hace tiempo, vete a saber cuánto. Era felicidad.

## Capítulo 14

Mi nuevo trabajo como santo de los muertos y auxiliador de almas desafortunadas fue arduo; según Eddie nos tomó meses.

Consistía en pasearnos por las tumbas y hacer felices a las personas que estaban plantadas en sus puestos.

Nuestra primera bendecida fue una anciana que lloraba porque nunca había tenido la posibilidad de ver algo alucinante. Eddie y yo merodeamos por muchas lunas buscando cosas emocionantes como aparatos que tenían imágenes en su interior y que emitían sonidos, Eddie lo llamó celular. No recordaba si yo había tenido uno pero no satisficieron a nuestra anciana afligida. Conservamos el celular para escuchar música, alguien lo había perdido, al menos eso dijo Bianca pero tenía la sensación de que lo había hurtado (no sabía cómo y tampoco me interesaba aunque cuando quisiera editar la regla número siete le preguntaría).

También le preparamos a la anciana una obra de teatro que había redactado Eddie, era muy dramática y al final él besaba a Bianca, porque según le profesor era vital para la trama; pero eso no le agradó alucinante. Bianca bailó para ella pero no lo consideró algo genial. Hicimos acrobacias y entre otras cosas pero nada le agradaba.

Al final se me ocurrió decirle a Eddie que se subiera la remera y le mostrara cuántas veces su novia lo había apuñalado. Contamos noventa cuchilladas de las cuales cuarenta habían salido por su espalda. La mujer quedó fascinada, siguió las heridas como si fueran un camino que la llevara a encontrar el tesoro. Lloró de la alegría, nos besó a todos en los labios y dijo algo como:

—Benditos sean.

Nos fuimos satisfechos, además, cada vez podíamos alejarnos más de donde estábamos enterrados. Llegábamos a las puertas del cementerio sin tener pánico, incluso luego pudimos caminar sobre la vereda que lo rodeaba. Bianca siempre se balanceaba en las rejas.

Incluso nos retábamos a correr carreras hacia una parada de autobús que siempre estaba desierta, ganaba quien se animaba a alejarse más.

Yo siempre ganaba.

## Capítulo 15

La nieve se derritió y en mi interior sabía que eso significaba algo, que debería importarme. De repente crecieron muchas flores entre la hierba y había mariposas e insectos.

En algunas ocasiones veía a las hierbas crecer y morir en segundos, como si su ciclo de vida fueran un parpadeo para mí. A veces veía fechas sobre las cosas, incluso cuando miraba el cielo encontraba epitafios dorados, indicios de vida y muerte, nacimientos de estrellas y fallecimientos de planetas que mis ojos por alguna razón alcanzaban a ver.

Todo transcurría igual de extraño.

Nosotros continuábamos con nuestra misión de buenos samaritanos. Le enseñamos a un niño de seis años todas las groserías que nunca había aprendido porque sus padres eran puritanos y lo aplaudimos cuando las recitó a gritos mientras levantaba los dedos medios al aire. Le mostramos cómo rapear a un hombre, meditamos junto a una budista que se sentía sola y estaba enojada porque la habían enterrado y no quemado (como era común entre los budistas, tal parece). Dejamos que un viejo nos predicara de dios y tomamos un té imaginario con una niña.

Y en cada momento fui sintiéndome mejor conmigo mismo. Estaba haciendo algo grande, podía sentirlo.

Podía sentir y eso significaba que mientras ayudara a las personas no me desvanecería.

Al menos no de momento.

Lo único que podía pensar es que estaba cada vez más cerca de mi casa. Me picaban los dedos cuando pensaba en ello. Arreglaría las cosas, yo sabía que sí.